

res) a Ulises y Eneas, sagaz el uno y piadoso el otro, pero ciertamente no como éstos fueron realmente, «sino como habían de ser, para quedar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes»; otro elemento que da a la segunda parte un carácter reflectante, si bien sutilmente diferenciado, respecto de la primera parte.

En el cap. 14, Marasso<sup>15</sup> ha encontrado dos recuerdos virgilianos, si bien filtrados a través de otras escrituras: en las palabras del Caballero del Bosque («Esta tal Casidea, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina a Hércules, en muchos y diversos peligros...») ha querido reconocer una alusión a *Eneida* (8, v. 288), donde se trata de la *noverca* de Hércules, Juno, pero empleando el término italianizante «madrina» del verso de Ariosto «Dalla matrigna esercitato Alcide» (*Orlando Furioso*, 30, 4, v. 39); y en el descubrimiento del verdadero rostro (el de Sansón Carrasco) escondido tras el presunto caballero («Vio, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, la perspectiva mesma del bachiller Sansón Carrasco») un vago reflejo del ritmo repetitivo de un análogo verso virgiliano, *omnia Mercurio similis, vocemque, coloremque* (*Eneida*, 4, v. 558), mientras que otros comentaristas advierten aquí análogas formas de anagnórisis propias de la literatura caballeresca.

El comentarista Clemencín<sup>16</sup> asigna la misma ascendencia a las palabras en loor de don Quijote, atribuidas a Cide Hamete, en el cap. 17, a propósito de la aventura del león, mientras que Marasso<sup>17</sup> ha creído reconocer una parodia del himno a Hércules de *Eneida* (8, vv. 293 y ss.), no sólo debido a la similar repetición del «tú», sino también porque allí se alude a la victoria de Hércules sobre el león de la peña Nemea. En el cap. 18, y precisamente en la frase de don Quijote, «para enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos y supeditar y acocear los soberbios», varios glosadores advierten una precisa huella de la sentencia virgiliana *parcere subiectis et debellare superbos* (*Eneida*, 6, v. 853), que además va inserta como profecía en los versos de la hechicera Camacha en el *Coloquio de los perros* de las *Novelas ejemplares*.

Ya hemos hablado del descenso a los infiernos metaforizado en el episodio de la cueva de Montesinos (cap. 23) y de sus relaciones con la *Odisea* y la *Eneida*. Añadamos que no sólo Marasso lo trae a colación<sup>18</sup>, sino también Lida de Malkiel<sup>19</sup>. La frase que abre el cap. 26, «Callaron todos, tirios y troyanos», como recuerdan varios comentaristas, empezando por Pellicer, proviene de la traducción de la *Eneida* de Hernández de Velasco, el cual añadió al *Conticuere omnes intentique ora tenebant* (*Eneida*, 2, v. 1) precisamente ese pleonástico «tirios y troyanos», que podemos encontrar en cambio en otra parte de la *Eneida* (1, v. 747). La ironía de Cervantes se desarrolla aquí en dos registros: en primer lugar, parodiando en un exordio otro exordio célebre, más explicitado o popularizado por el añadido arbitrario del traductor español; en segundo lugar, aludiendo sagazmente a todo el verso virgiliano, cuando, en el resto de la frase, lo paragra-

<sup>15</sup> Ob. cit., págs. 111-13 y 132-33.

<sup>16</sup> Edición de D. Clemencín, Madrid, 1833-39, vol. V, pág. 324.

<sup>17</sup> Ob. cit., págs. 115-16.

<sup>18</sup> *Ibid.*, págs. 140-50.

<sup>19</sup> María Rosa Lida de Malkiel, La visión del trasmundo en las literaturas hispánicas (*Apéndice a H.R. Patch*, El otro mundo en la literatura medieval, México, 1956, págs. 422-26).

fea: «Callaron todos, tirios y troyanos, quiero decir, *pendientes estaban todos* los que el retablo miraban, *de la boca* del declarador de sus maravillas...» (el subrayado es nuestro y revela que Cervantes se remonta al original latino de vez en cuando).

En los caps. 30 al 57 del *Quijote* se tratan varios episodios relativos a la permanencia de don Quijote y de Sancho en la casa de los Duques. En estos episodios, como se ha dicho, algunos comentaristas, y de manera especial Marasso<sup>20</sup>, han reconocido semejanzas con la historia de Dido y de Eneas, y ello según las primeras indicaciones sugeridas por Vicente de los Ríos<sup>21</sup>, retomadas por Clemencín y formuladas de este modo: «La aparición de Clavileño alígero no es menos oportuna ni agradable que la descripción del Paladión troyano, y los amores de Altisidora son comparables, en su línea, con la pasión de Dido»<sup>22</sup>. También se ha dicho ya que el cómico naufragio en el Ebro, leído en clave irónica, actúa de premisa a la llegada de don Quijote a la mansión de los Duques, de la misma manera en que dos ilustres naufragios preanunciaban el encuentro de Ulises con Nausicaa y de Eneas con Dido. De este modo, también la alusión maliciosa al final de Troya, del cap. 29, a propósito del rescate de don Quijote y Sancho de las aguas del Ebro por obra de los molineros, parece un comienzo dirigido a inducir una interpretación de la totalidad como «épica al revés»: «y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron como en peso a entrambos, allí había sido Troya para los dos». Siempre en base a tal interpretación, podría adivinarse una cierta analogía entre la aparición de la Duquesa (cap. 30), rodeada de un grupo de cazadores, y la aparición de Dido, igualmente rodeada de varias personas: «[Don Quijote] vio una gallarda señora sobre un palafrén o hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes» (las palabras *palafrén* y *guarnición* están en la traducción de Hernández de Velasco de la *Eneida* (4, v. 135), así como el color rojo de las vestiduras de don Quijote podría relacionarse con el idéntico atavío de Eneas.

Además, la puesta en escena de la acogida de los Duques a don Quijote reproduce la del recibimiento de Dido a Eneas; en particular las doncellas que, antes de la comida, estaban «con aderezo de darle aguamanes» (cap. 31), parecen reproducir el rito de que habla Virgilio: *Dant manibus famuli lymphas* (*Eneida*, 1, v. 701). Más adelante, en el cap. 39, en el curso de la narración de la condesa Trifaldi, la aparición del caballo de madera es destacada por una directa cita virgiliana: «Muerta, pues, la reina, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos con la tierra y apenas le dimos el último *vale*, cuando (*quis talia fando temperit a lacrimis?*), puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malabruno». Y si la frase entre paréntesis reproduce, incompleta, una frase de la *Eneida* (2, vv. 6-8), que suponemos, acompañada como va de ese *vale*, de fácil lectura para el público semiculto del tiempo, la siguiente alusión (en palabras de don Quijote) al caballo de madera de Troya pertenece al mismo tipo de lectura, si bien imprecisa (o conscientemente imprecisa): «Si mal no me acuerdo, yo he leído en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fue un caba-

<sup>20</sup> Ob. cit., págs. 153 y ss.

<sup>21</sup> Vicente de los Ríos, Análisis del «Quijote», vol. 1, ed. del Quijote de la Real Academia Española, Madrid, 1780.

<sup>22</sup> D. Clemencín, ob. cit., vol. V, pág. 174.

llo de madera que los griegos presentaron a la diosa Palas...» (cap. 41). Efectivamente, aunque el Paladión no era el caballo de madera, sino la imagen de Palas que habría debido hacer de Troya inexpugnable, todos estos elementos e indicios, añadidos a los que luego vendrán, preparan al lector a pensar en la historia de Altisidora según los módulos de la historia de Dido, pero siempre en clave invertida o irónica. En un primer pasaje, Altisidora, después de haber hablado del forastero («No me porfíes, ¡oh Emerencial, que cante, pues sabes que desde el punto que este caballero entró en este castillo y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar»), afirma: «Y puesto caso que no durmiese y no despertase, en vano sería mi canto si duerme y no despierta para oírle este nuevo Eneas que ha llegado a mis regiones para dejarme escarnida» (cap. 44). «A mis regiones» aparece en la traducción de Hernández de Velasco de la *Eneida* (4, vv.9-30), cuando Dido confiesa a la hermana Ana sus sentimientos y sus sueños; pero, puestas en boca de Altisidora, tales palabras (y especialmente las «regiones») resultan, como ha observado Marasso<sup>23</sup> «un ridículo preciosismo de supuesta reina».

Por su parte, Schevill<sup>24</sup> ha recordado dos versos de la *Eneida* (4, vv. 590-1) en relación al término «escarnida»: «*Pro Iuppiter! ibit/ hic*» ait, «*et nostris inluserit advena regnis?...*» Un poco más adelante, al recitar su romance, Altisidora dirá: «Si sierpes te dieron leche,/ si a dicha fueron tus armas/ la aspereza de las selvas/ y el horror de las montañas», que son una libre paráfrasis de la *Eneida* (4, vv. 365-67): *Nec tibi diva parens, generis nec Dardanus auctor,/ perfide, sed duris genuit te cautibus horrens/ Caucasus Hyrcanaeque admorunt ubera tigres*. Hay que añadir a esta afinidad general entre el papel de Altisidora y la historia de Dido otros indicios secundarios, como cuando, en un romance de autoconmiseración, la mujer confronta su propia suerte con la de otras heroínas abandonadas por sus respectivos héroes: Olimpia por Vireno, Dido por Eneas (cap. 57); o cuando recuerda, como en la *Eneida* (6, vv. 432 y 566), a los jueces infernales Minos y Radamante, y repite el sintagma «cavernas lóbregas de Dite», sintagma que parece sacado de la traducción italiana de Annibal Caro: «*Ivan per entro/ le cieche grotte e per gli oscuri e voti/ regni di Dite*» (que traduce los versos de la *Eneida* —4, vv. 268-69— *Ibant obscuri sola sub nocte per umbram/ perque domos Ditis vacuas et inania regna*). Finalmente, podemos encontrar otra alusión a la historia de Dido en el cap. 48, donde se describe la escena nocturna entre don Quijote y la dueña doña Rodríguez; don Quijote habla de su estancia y la define «más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó a la hermosa y piadosa Dido»: un lugar, pues, de concupiscencia, del que don Quijote quiere defenderse. En este caso no existe un pasaje correspondiente de la *Eneida*; y por lo demás, el adjetivo *traidor* puede ser solamente atribuido a las palabras de Dido o a la imprecisa traducción de Hernández de Velasco; y sin embargo la alusión es igualmente significativa, ya sea porque confirma la presencia del modelo virgiliano en esta parte del *Quijote*, o bien porque acentúa su uso doblemente «invertido» (aquí, *piadosa* es Dido).

<sup>23</sup> Ob. cit., pág. 164.

<sup>24</sup> R. Schevill, *Studies in Cervantes, vol. III, Persiles y Sigismunda. Virgil's Aeneid, Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences, 13, 1907-08, pág. 523.*